

## Editorial

# En busca del rumbo perdido

Dr. José Enrique Sánchez-Chibrás

Se ha denominado mística al rasgo característico y particular que identifica a un individuo o a una colectividad por su conducta, la forma de actuar y la de relacionarse con su entorno. Depende de la personalidad y carácter que cada uno tiene por naturaleza o herencia, que se integra como la materia prima necesaria para moldear, desarrollar y crear la forma de ser y pensar que se manifiesta en plenitud durante toda la vida. Es una verdadera idiosincrasia que nos marca y define.

La mística es ese factor de afinidad que une a los iguales y separa a los diferentes, influyendo directamente en el comportamiento y evolución de la sociedad.

La mística es esencialmente una forma de identidad que se manifiesta con mayor intensidad de forma grupal. Así, tenemos organizaciones de diversa índole: gremiales, patronales, estudiantiles, laborales, políticas, sociales, religiosas, culturales, académicas, profesionales y deportivas, entre muchas otras. Cada una de ellas tendrá un valor o cualidad que las hace diferentes, que se procura y perdura en el tiempo convirtiéndose en su sello propio, el fenotipo que no se repite, la patente que no se comparte.

En particular, en las actividades deportivas se invoca a la mística como el espíritu que estimula la competencia en la búsqueda del triunfo para lograr la ansiada supremacía, la meta a la que todos quieren llegar, tanto en el terreno amateur como en el profesional. Cuando el deporte como espectáculo llega a los extremos de considerarse una pasión, una verdadera devoción para el jugador y el espectador, la mística toma un papel preponderante en la estructura de un equipo. El mejor ejemplo lo tenemos en el fútbol sudamericano, en donde existen estudiosos y analistas de la mística deportiva, definiéndola como “sentimiento difuso, con un alto grado de simbolismo, a través del cual un grupo funda su identidad”. Afirman que se requiere corazón, estilo de juego, identidad y orgu-

llo, de tal forma que la suma de todos estos factores conforma la mística.

Este enfoque de la mística es tomado del sentido religioso de su origen que en esencia es una actividad espiritual, un encuentro del hombre con la divinidad, la fuente de inspiración para una corriente literaria y poética, una filosofía de la vida. Considerando este antecedente, podemos entender la importancia de la mística como un valor que se honra, se preserva y fortalece en los diversos grupos, organizaciones o profesiones, para consolidarse como el rostro y alma que se expone.

La mística es una inspiración que, además de darnos identidad, nos califica para obtener un valor, al tener la personalidad y estilo que nos da un lugar en la sociedad.

La llamada Medicina Mística adolece de seriedad y en algunos casos puede ser considerada como una charlatanería que se identifica con la autodenominada Medicina Alternativa. La verdadera mística de la medicina es una sólida convicción que se estructura alrededor del paciente y todas las variantes que tiene esta fórmula están reforzadas con un doble enlace con el binomio servicio-compromiso. Los mismos elementos que integran la mística deportiva se encuentran en la medicina. Compartimos corazón, estilo, identidad y orgullo, pero en el caso de nuestra profesión se adiciona un factor fundamental, de cualidad especial, me refiero al amor. Recordar que el acto médico es un acto de amor. Sin este sentimiento de entrega se diluye su sentido humano, “sin amor, incluso la ciencia pierde su nobleza” (Joseph Ratzinger).

La mística del médico está íntimamente ligada a la vocación, de hecho nace de ella, es consecuencia de la enseñanza tutorial y del ejemplo, por lo que hay que vivirla, ejercerla y desarrollarla. Es el maná que nutre a cada Facultad, Servicio, Hospital o Institución.

Como consecuencia de privilegiar en el ejercicio de la medicina a intereses económicos y doblegarse

---

\* Expresidente de la Sociedad Mexicana de Angiología y Cirugía Vascular.

ante las exigencias de la administración, la mística de la medicina se ha debilitado, cumpliendo un pobre papel secundario y algunas veces quedando en el desván del olvido. Desde hace muchas décadas el maestro Ignacio Chávez anticipó el riesgo de perder el rumbo: “La medicina ha ganado en eficacia, pero se ha vuelto complicada y onerosa, inaccesible para los más necesitados. La medicina así es un taller de reparaciones; taller de primera, si se quiere, pero taller al fin. Es la profesión convertida en oficio”.

Pensar que en el pasado el panorama de la profesión era mejor es una nostalgia patológica y necia. Cada etapa, ciclo o periodo ha tenido sus pros y sus contras, algunos más brillantes y productivos que otros, pero históricamente el médico ha sido sujeto de bondades y calamidades, como se comprueba en el Evangelio de Marcos: “Entre la gente había una mujer que padecía flujo de sangre [...] Había sufrido mucho a manos de los médicos y había gastado en eso toda su fortuna [...] (Mc 5: 21).

Para el Dr. Arnoldo Kraus la medicina moderna se aparta del paciente y establece que: “A las moléculas se llega gracias a mentes brillantes y aparatos sofisticados. A los pacientes se les acompaña gracias al instrumento más antiguo de la medicina, la escucha. La medicina contemporánea se ha divorciado de sí misma: invierte en ciencia profunda (genera dinero) y se aleja de la persona (acompañar no es redituable). Basta revisar la mayoría de los currículos universitarios. Muchas horas dedicadas a la ciencia, pocas horas a la relación médico-paciente”.

Es evidente que como gremio los médicos no cultivamos la unidad. Con pasmosa naturalidad aceptamos dócilmente la designación como Secretario de Salud de un funcionario ajeno a la medicina, un desdén que recibimos con resignación, en una evidente falta de personalidad. Nuestra mejor respuesta fue el silencio. Se evaporó la identidad.

Ante los retos que debemos afrontar para solucionar las carencias y defectos que en nuestros

tiempos padece el ejercicio de la medicina, pero, sobre todo, los que adoptamos los médicos, tenemos el recurso de asumir la realidad. Esto implica aceptar el compromiso, responsabilizarse con el verdadero espíritu de la profesión, hacerse cargo íntegramente de todo lo que requiere el paciente, adquirir la preparación necesaria y, sobre todo, atraer de nuevo esa mística de la que no debemos alejarnos, que no podemos perder.

Corresponde a los expertos en enseñanza, a los académicos y a los profesores universitarios, diseñar y poner en práctica los programas de estudio necesarios para adecuar y adaptar a nuestra realidad la preparación de los médicos que necesitamos, los que queremos tener, los que están haciendo falta. Afortunadamente existe la posibilidad de hacerlo de forma seria y profesional, con pleno conocimiento de causa. Un ejemplo prometedor al respecto es la excelente publicación de la Academia Nacional de Educación Médica (2011), en dos tomos, con el título *Los retos de la educación médica en México*, la cual está coordinada por el Dr. Alberto Lifshitz y la Dra. Lydia Zerón. Esta importante obra, auspiciada por el Instituto Médico de Capacitación, es un análisis cuidadoso y muy bien documentado en el que intervienen diversos especialistas y peritos en la materia, dándonos un panorama fidedigno y actualizado de la educación médica nacional. Sobre todo emiten propuestas específicas, que están en espera de ponerlas en práctica. Es una consulta obligada para los interesados en el tema.

El tiempo es un bien intangible que no podemos recuperar, por lo que todos estamos comprometidos, en medio de ese laberinto que es la conducta humana, a utilizar a la mística como el catalizador para interactuar entre la tradición de la brújula y la innovación de un GPS, para que nos conduzcan en busca del rumbo perdido. Sólo así podremos lograr que el paciente “sea todo para todos”.